

Adaptación y cambio frente a Identidad. Por una imaginación creativa

Manuel Serén Lerín*
Universidad de Zaragoza

Resumen: El sistema es una forma de dominación. Parece demostrado que la Ilustración y el sistema racionalista se ha revelado como un intento de dominio de la naturaleza por el hombre; y la identidad, en todas sus manifestaciones sociales, psicológicas, filosóficas, científicas, etc. es uno de sus instrumentos. Por otro lado la naturaleza irrumpe constantemente en el sistema cerrado, provocando sucesivas crisis, que rompen la ilusión de identidad y exigen reestructurar la visión del mundo. Esos acontecimientos pueden afrontarse como momentos en los que la emoción, etimológicamente “lo que mueve a la acción”, nos proporciona la posibilidad de cambiar y por tanto evolucionar.

Palabras clave: Crisis, identidad, dominio, sistema, emoción, imaginación creativa.

Abstract: The system is a way of possession. It seems demonstrated that the Enlightenment and the rationalist system have shown the attempt of man to possess Nature; and the identity, in one and every social, psychological, philosophical and scientific aspects is one of its means. On the other hand, Nature bursts in the closed system, causing continuous crisis to happen what destroys the illusion of identity and demands a reconstruction of the vision of the world. These events can be faced as moments in which emotion, etimologically “what moves action” provides the possibility of changing and thus, to evolve.

Key words: Crisis, identity, possession, system, emotion, creative imagination.

La Identidad supone una unidad que acarrea un peligro: el totalitarismo. Este no es únicamente un modo de gobierno, que el siglo XXI parece haber dejado atrás en gran parte del planeta. Más bien, su sombra es una constante, que aparece siempre que el hombre se aleja de su propio mundo. Paradójicamente, esto sucede cuando, por medio de la unificación de la diversidad del mundo, el hombre actúa en nombre de ideologías que no le pertenecen, identificándose con ellas, sin ser consciente de que no le harán más feliz, sino que le convertirán en un ser totalmente superfluo. Esta situación, en la que los hombres son superfluos, también se puede calificar de totalitarismo¹.

La unificación de las conductas, y su administración por distintos canales en las sociedades actuales, demuestra el imperio de la Identidad, con mayúscula. Es esta una Identidad en la no identidad. Está construida sobre la base de la razón ilustrada, que pretende controlar la naturaleza para dominarla; es en este sentido una Identidad ilusoria, instrumental. Y sus efectos nocivos se han manifestado en los grandes pilares del siglo XX: la industria, el consumo y la ciencia.

*Avenida Anselmo Clavé, 47, 3°C. 50004, Zaragoza. mssl_rosal@hotmail.com

¹ H. Arendt: *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 2007, pp. 12-13.

A veces la crisis no es tomada suficientemente en serio, por la obcecación que supone mantenernos idénticos a nosotros mismos, por un cierto miedo a que el cambio produzca nuestra destrucción. Pero crisis es un concepto lo bastante importante como para prestarle especial atención. Es una oportunidad para evolucionar.

No obstante, no podemos negar que el principio de identidad, que supone la lógica, así como la planificación de las conductas y la acción, son sumamente útiles para la vida. Desde un punto de vista psicológico, es obvio que nos encontramos siempre con un “yo” que engloba lo que creemos ser. Pero la crítica de Hume, que considera el yo como un haz de percepciones sin sustrato esencial, nos indica que el yo idéntico a sí mismo es ilusorio. Y nos lo confirma la experiencia cotidiana, en la que los pensamientos “pasan” por nuestro flujo de conciencia, luego los olvidamos, y los recordamos, en su caso, siempre de forma distinta. Aunque siendo pragmáticos, debemos admitir que la identidad, ilusoria o no, es una constante. Para comprender el mundo a través de nuestra mente necesitamos dar nombre a las cosas, y en la acción de nombrar subyace siempre el principio de identidad. Pero según han puesto de manifiesto continuamente los filósofos no dogmáticos, parece ser que el primero de ellos Heráclito, la verdadera realidad del mundo es un flujo cambiante, que desde nuestra perspectiva individual podemos definir como una suerte de adaptación, de identificación entre sujeto y objeto. Porque el constante fluir supone conciliar las dualidades en eso que fluye, identificar los opuestos en una identidad, esta vez con minúscula. La crítica de las dualidades -sujeto-objeto, naturaleza-razón, mente-cuerpo, espíritu-materia- es una de las premisas de nuestra reivindicación de una identidad que fluye. Y la práctica racionalista acostumbra a hacer todo lo contrario: todo lo objetiviza para analizarlo e instrumentalizarlo.

Como vemos, el punto de partida de nuestra reflexión es la crítica de la racionalidad instrumental dominadora. Una de las tesis de la *Dialéctica de la Ilustración*, es que la razón humana nace con una clara pretensión de dominio. Y el componente esencial la práctica racional es el sujeto autónomo, el “sí mismo”, núcleo y centro de mando, que debe prevalecer por encima de la naturaleza, reduciéndola a un objeto de uso.

En la *Dialéctica* se recurre a la figura del héroe homérico Odiseo, para definir la forma de ser del sujeto racional burgués: “la dignidad del héroe se conquista sólo en la

medida en que se mortifica el impulso a la felicidad total, universal e indivisa.”². Y antes: “el *sí mismo* no constituye la rígida contradicción a la aventura, sino que se constituye en su rigidez sólo a través de esa contradicción: unidad sólo en la diversidad de aquello que niega la unidad”³. Así definen, los autores de la *Dialéctica*, lo que nosotros hemos llamado Identidad en la no identidad.

Según la *Dialéctica* el dominio está ya en el origen de la razón: el mito. Este funciona mediante esquemas generales que engloban gran cantidad de fenómenos particulares, y que proporcionan así un cierto conocimiento sobre el mundo, porque según esta interpretación, conocer es subsumir bajo principios⁴. Este conocimiento es abstracto y se diferencia de otro tipo de conocimiento, el que se da adaptado a la naturaleza, disuelto en un lenguaje no unívoco. Y la utilidad de aquél primer conocimiento es sobrevivir frente al poder de la naturaleza y constituir un ámbito en el que los hombres pueden predecirla, y por tanto, actuar sobre ella y modificarla a su antojo.

Con el desarrollo científico de la civilización se desarrolló también la capacidad de dominio, hasta el punto de que los mitos anteriores resultaron un lastre para la gran capacidad de control de la ciencia sobre la naturaleza. En la sociedad industrial se alcanza el objetivo de la razón: poner la naturaleza enteramente a su servicio. Al servicio del sistema racional-instrumental, por un lado, y, sobretodo, al servicio de el sistema económico-industrial. Pero esta idea lleva una contradicción en su seno, que Adorno y Horkheimer ponen de manifiesto:

“Hoy, que la utopía de Bacon de “ser amos de la naturaleza en la práctica” se ha cumplido a escala planetaria, se manifiesta la esencia de la constricción que él atribuía a la naturaleza no dominada. Era el dominio mismo.”⁵

La *Dialéctica de la Ilustración* puede considerarse un libro clave para nuestra reflexión, ya que analiza lúcidamente la pretensión ilustrada de la civilización, que aún conserva Occidente con su creencia en el progreso.

² M. Horkheimer y T. W. Adorno: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 2006, p. 109.

³ Ibid, p. 100.

⁴ Ibid, p. 130.

⁵ Ibid, p. 94.

La ideología ilustrada se ha transformado ya en la defensa, en todos los ámbitos de la sociedad, de un vacío progreso económico e industrial. Nada que ver con las pretensiones culturales de los primeros ilustrados.

Pero la idea de que podemos controlar la naturaleza se ha visto desmentida teóricamente por la evolución de las teorías filosóficas. Y creemos que también se ve desmentida por la propia experiencia de los individuos, que obviamente nunca llegan a ser un magos, nunca tienen las fuerzas naturales completamente a su disposición, por mucha física que estudien y por muchos experimentos que hagan. Parece que el “sí mismo” es una construcción muy útil, pero tremendamente nebulosa. La introducción del concepto de inconsciente en la psicología moderna remite a la parte natural que nunca podremos comprender y dominar. Aunque la psicología conductista ha renunciado a la pretensión de conocer, pues se conforma con administrar las conductas, y no presta atención a los motivos de la acción y a lo que sienten y desean los pacientes, otras tendencias teóricas intentan conciliar los deseos y las emociones humanas con una vida estable y feliz. La creciente tendencia al uso de químicos para controlar las emociones es otro ejemplo de la esclavitud a la que está condenado el hombre. Esto parece demasiado pesimista, pero lo matizaremos.

La esclavitud puede entenderse de diversas maneras: una de ellas es la esclavitud al sistema, que anula las emociones y las capacidades creativas. Y otra es la “esclavitud” a la naturaleza, que simplemente consiste en no oponerse a ella, que no es sino aceptar el constante cambio y, dentro de lo humano, la acción espontánea, motivada por las emociones.

Precisamente reivindicamos ese otro tipo de conocimiento, al que la tradición racionalista ha cerrado la puerta, que puede ser y de hecho ha sido, formulado de diversas maneras, como mimesis, experiencia estética, consenso, etc. Como decimos, este tipo de conocimiento es el que no objetiva la naturaleza sino que se adapta a ella.

La supuesta esclavitud respecto a la naturaleza no es algo que pueda ser valorado moralmente. Y de hecho, no es esclavitud sino todo lo contrario: armonía con el discurrir del mundo, que no es un sistema artificial y cerrado, y por tanto no produce alienación, pasividad, anulación de la diversidad, la espontaneidad y en definitiva, liquidación del individuo.

La generalización “razón dominadora” hace referencia a una disposición específica de las facultades intelectuales, encaminadas a ordenar la diversidad del mundo para controlarla. El sistema es la estructura de esta dominación; y la ciencia es el

paradigma de sistema racional-sistemático por excelencia, así como uno de los pilares de la sociedad moderna. Ciencia es un concepto que se aplica desde hace tiempo a la física, la matemática, o la biología, pero actualmente, y de forma creciente, también se utiliza para definir otras materias que hasta hace poco escapaban a esa unidad que les aporta tal calificativo. Es el caso de la psicología, la economía y las disciplinas sociales, políticas, o incluso las que se han venido englobando tradicionalmente dentro de las llamadas “humanidades”, como la historia. Actualmente podemos encontrarnos con la idea de que hasta el budismo es una “ciencia”, un método personal y práctico de control de los procesos mentales. La siguiente etapa de esta evolución, que no parecería lejana si no fuera por su aparente inutilidad para el sistema productivo industrial y económico, sería la demarcación del arte dentro del monopolio de la ciencia, mediante la creación de un título de Grado llamado “Ciencias poéticas”.

Cuando el progreso se basa en acciones de gran inconsciencia espiritual, como son las provocadas por el sistema racional-instrumental, los cambios en los que fundamenta su propia ideología, no son más que pequeñas modificaciones que no responden a una elección humana, sino a las necesidades del propio sistema. En este caso el sistema racionalista es la cruz de la moneda, en la que la cara es el sistema industrial-económico. Por tanto la supuesta ideología social progresista, responde como ninguna otra a las necesidades de la efectividad productiva y del consumo.

Cabría preguntarnos si la producción centralizada y en masa, así como la búsqueda de la felicidad por una constante disposición a comprar nuevos artículos, es lo que realmente deseamos. Pero el ya revelado concepto de alienación, en las sociedades industriales y consumistas, hace innecesaria la pregunta.

A diferencia del método científico, que se propone demostrar la certeza de sus juicios, el uso de la razón guiada por la emoción, evidencia su validez por medio de la experiencia, no como experimento, sino como costumbre.

Disposición de las capacidades intelectuales al servicio de la emoción; así es como podemos definir la situación contraria a la disposición al servicio de la planificación y del cálculo.

Por otro lado esta disposición nos conduce a una mejor integración entre la mente y el cuerpo, al favorecer la apertura en lo no unificable y reductible al concepto. La apertura a las emociones, no reprimidas por el autocontrol de la Identificación constante con un orden preestablecido, nos facilita forjar una experiencia acorde con el cambio natural, el devenir. Según esta visión del mundo, la crisis es un fundamento, no un

problema. No es un momento aislado, sino una constante. Y mediante la experiencia de adaptar las capacidades intelectuales a esa situación de discontinuidad, el hombre es capaz de evolucionar mediante la creación de nuevas realidades. El medio para desarrollar esta actividad constante es la imaginación creativa, que se basa en la facultad de hacer visibles tendencias de la mente, no prefiguradas. La imaginación crea, no se limita a repetir, como la razón discursiva⁶.

La imaginación está relacionada con la poética. Procede por analogías y su lenguaje se conforma mediante símbolos y metáforas. Por otro lado, cabe traer la idea de Jung, según la cual, los símbolos desencadenan descargas de energía psíquica. Parece probado que el mundo simbólico pone al hombre en relación directa con ese horizonte desconocido que es el inconsciente, su naturaleza más profunda, o, según Freud, el origen de las representaciones conscientes.

Además, hemos visto que no debemos olvidar el hecho de que la configuración de la razón se da a través del lenguaje. Algo que parece olvidaron los autores de la *Dialéctica*, lo que les condujo a una aporía:

“Horkheimer y Adorno detectaron un “olvido” en la raíz de la perversión de la Ilustración: el olvido de la naturaleza en la razón; pero ellos mismos sucumbieron en su crítica, como bien ha señalado A. Wellmer, al otro olvido del racionalismo europeo: al “olvido del lenguaje” en la razón, y por eso fueron incapaces de superar su propia crítica de la Ilustración en un concepto positivo de razón, como se propusieron. No bastaba “el recuerdo de la naturaleza en el sujeto”, era preciso también “el recuerdo del lenguaje en la razón” para salir de la aporía”⁷.

Asumir que la racionalidad instrumental es una facultad dominadora es ser conscientes de una realidad efectiva; no asumirlo, ni tenerlo en cuenta para construir el mundo futuro, conduce a la ceguera y a la verdadera esclavitud. Si no queremos seguir cayendo en Identidades universales, abstractas y dogmáticas, debemos atender a nuestro gran mundo simbólico, aún no suficientemente desarrollado. El lenguaje configura el mundo y lo hace a través del símbolo. Si la razón discursiva es su parte administrativa y ordenadora, la imaginación es su parte creativa. Por otro lado, mediante el lenguaje, el hombre se hace consciente y se acerca a su mundo, alejándose del peligro de la completa alienación.

⁶ L. Racionero: *Filosofías del underground*, Barcelona, Anagrama, 1980, p. 31.

⁷ M. Horkheimer y T. W. Adorno: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 2006, p. 35.

El intelecto al servicio de un sistema racional-instrumental es una máquina de pensar que funciona al margen de cualquier fin humano o elección consciente. Al expandirse como una constante relación de ideas encadenadas de forma repetitiva, se alimenta a sí mismo y al sistema, sin un objetivo al que dirigirse. Se convierte en un instrumento para ningún fin. La razón se convierte en funcionalidad sin finalidad que se deja acomodar a cualquier fin.⁸

En cambio, el intelecto al servicio de la emoción, se relaciona directamente con los motores de la vida física y psíquica, no analizables sino constante e inevitablemente experimentados.

La idea de un hombre nuevo, imaginativo, cómodo con el devenir, lleva en su seno un nuevo tipo de identidad, que precisamente por ser fluida, por regenerarse en cada instante, se identifica con el flujo constante de la naturaleza. Esta es una identidad no totalitaria.

“El conocimiento conduce al gozo cuando consigue penetrar en un nivel de fusión e integración con lo observado. Cuando por el contrario, el conocimiento se disocia de lo observado, analizándolo desde fuera, desapasionadamente, entonces sólo es disección, análisis, control y manipulación.”⁹

Acabaremos poniendo en duda el propio objeto de este trabajo. Quizás toda reflexión filosófica sobre este tema resulta innecesaria. Quizás el instinto de supervivencia del ser humano corrige por sí mismo los peligros que el propio hombre construye contra su felicidad. Esperemos que la aparente difusión que tienen últimamente temas como la inteligencia emocional, los foros de encuentro entre las personas, el interés por el arte y por los viajes, el ocio como placer y no como preparación para el trabajo, etc., permitan tener esperanza. Pero como la esperanza puede parecer, a veces, demasiado inocente, y seguramente estas palabras pequen de este defecto, deberíamos pensar también en posibilidades que, tal vez, aún estén por venir. Estas pueden ser tan diversas e impredecibles como la imaginación: una revolución cultural, una política a escala de los individuos y no del sistema industrial-económico, una verdadera conciencia sobre la importancia del cuerpo y de la liberación de los instintos sexuales, o simplemente una disposición amable a preocuparse más por la adaptación a la naturaleza salvaje, que por la planificación, la eficiencia y el progreso.

⁸ Ibid, p. 136.

⁹ L. Racionero: *Filosofías del underground*, Barcelona, Anagrama, 1980, p. 185.

“Todas las grandes revoluciones en las vidas humanas suceden en el pensamiento. Cuando ocurre un cambio en el pensamiento de un hombre, la acción sigue la dirección del pensamiento como un barco sigue la del timón.”

(León Tolstói)